

ENTRE GUIJARROS Y LUZ: GUADALUPE ENTERA

“MAG”

YA DIOS DIRÁ SI ES JOSÉ O ES MARÍA.

Tengo un jardín rectangular, pequeño pero bien distribuido. Amo mi jardín, en él encuentro paz y alimenta mi espíritu con la luz que recibo del Universo, exaltando la imaginación para que las palabras lleguen a mí como suave maná celeste.

Tengo una mesa blanca con un paraguas también blanco. Allí leo y escribo los fines de semana y mis días de vacaciones.

Es muy hermoso este refugio mío, tengo una bella mata de parra (aún joven, apenas han nacido dos racimos, diminutos, de uvas), hace también las funciones de ramada, pues mandé a construir un bastidor con hileras de alambre donde se van enredando los brazos de mi parra; en la esquina, pegado a la pared norte planté un durazno, un mango, una higuera y un plátano y en la pared que da al este hay dos papayas y un dátil pequeño.

La barda está cubierta de bugambilias de colores y, bajo los árboles pegados a las piedras blancas que separan la tierra del pasto, he plantado caléndulas, teresitas, rosas y “amor de un rato”.

En la mesa blanca he colocado un mantel bordado, de plástico transparente. Sólo está una silla, la mía. Sobre la mesa coloco mi material para escribir o leer, una taza de café y laptop para escuchar música. Música que revitaliza a las plantas y me energiza y provoqué la inspiración en mí. He colocado también una pequeña maceta roja con una plantita de hojas verdes brillantes y cubriendo el tubo de la sombrilla coloqué una guirnalda de rosas.

Despierto a las 6 de la mañana, a las 8 debo salir a mi trabajo; regreso a casa entre 4 y 5 de la tarde. Preparo comida, como, reviso labores del hogar, salgo a caminar, me baño, ceno y se me fue el día. Leo un rato en mi recámara o veo televisión de vez en cuando. Algunas ocasiones escribo. Los momentos que dedico a escribir son en sábado y en domingo; en período vacacional dedico más tiempo a esta luminosa tarea de leer y escribir. No tengo un horario establecido, pero sábados y domingos me gusta escribir a media tarde y en período vacacional lo hago después del desayuno y por las tardes. Cuando no puedo dejar de escribir o de leer porque estoy totalmente arrobada y ya oscureció, continúo haciéndolo en mí

recámara, degustando un vaso de leche caliente o un té de canela con manzanilla y miel. En especial en el mes de agosto me siento más intensa, a plenitud emocional para escribir.

Me llamo María Guadalupe.

María, nombre de origen bíblico, “La llena de gracias” , la protectora, leal y creativa con fuertes inclinaciones al arte y a la danza, según dicho de quienes se encargan de analizar los significados de los nombres y los atributos que a éstos conceden.

Guadalupe de origen árabe- latino significa “río de lobos” pero también he leído que le dan la connotación de “río de lajas”; por otra parte, en lengua náhuatl relacionan Coatlalopeuh <la que aplasta la serpiente> con Guadalupe, la virgen de los españoles impuesta a los indígenas.(Información recabada en internet)

En mi opinión María Guadalupe, en sentido religioso, se refiere a la misma divinidad.

Al pronunciar María Guadalupe siento en la vibración de las cuerdas vocales resonancias fuertes, graves, pero también suaves y profundas. Me gusta la fonética de mi nombre.

Me platicaban de niña que mi padre, hombre extremadamente religioso y fiel devoto de la Virgen de Guadalupe, cuando madre estaba en los trabajos de parto, llegó a casa con una bella imagen de la Virgen ensamblada en un marco de madera finamente labrado, lo colocó en la pared de la estancia y dijo: “ Se llamará Guadalupe, ya Dios dirá si es José o es María” .

Me emociona, me súper encanta este comentario.

Amo mi nombre, así completo MARIA GUADALUPE. Me siento orgullosa de llevar este nombre, aunque de niña me decían que es un nombre común, de fondas, de pueblerina más cuando lo apocan: Lupe, Lupita o Pita, como sea que me digan amo mi nombre y lo que espiritualmente de él emana. En mi relación profesional me llaman Guadalupe; mi familia, Lupita; mis amistades, Lupita, Mary, Mag. Mi hombre amado me dice MARIA GUADALUPE DE MI VIDA Y DE MI CORAZON.

Mi nombre lo relaciono con un frondoso árbol de roble donde cantan los pájaros; mi nombre huele a bosque, a flores silvestres y también a la salobre brisa de mar.

Mi nombre es suave como los pétalos de flores blancas, rojas y amarillas pero también es fuerte como el roble, sensitivo como el susurro de las hojas al caer en tardes de otoño.

Mi nombre lo encuentro en todos los colores de la vida dependiendo de la estación del año por la que caminamos.

Mi nombre tiene la fuerza del león, la sensualidad de la pantera, la dulzura de la paloma pithayera y la inteligencia del búho.

Me llamo María Guadalupe gracias a mi siempre amado y recordado padre y a la benevolencia de madre que sólo dijo: "Como tú digas".

CATÁLOGO DE MÁGICAS REFLEXIONES

Madre fue una mujer en extremo bella, descendiente de madre indígena y padre mestizo, su vida hasta los 25 años la pasó en el campo, en una bella casa a la orilla del Río Mayo. A pesar de ser de familia acomodado, aprendió todos los quehaceres de la casa, y los que en aquellas épocas era de rigor que toda jovencita debía adiestrarse, como bordar, tejer y elaborar sus prendas de vestir; se aplicó en el cuidado del ganado y de las aves que tenían en corrales que me tocó conocer y también corretear entre gallinas y guajolotes; de igual forma fue excelente jardinera, habilidad que me heredó y que junto con leer y escribir han sido panacea para mi vida solitaria.

Cuando mi padre la conoció se enamoró perdidamente de ella y creo que más de sus grandes ojos verdes, “estrellas del amanecer” le escuché alguna vez a mi padre decirle en las escasas ocasiones que vi sus rostros con destellos de felicidad.

Ellos se unieron cuando madre tenía 25 años y mi padre era un hombre de 50 años, muy atractivo, jovial, con un extraordinario “don de gentes” y una sonrisa cautivadora en extremo.

Su vida de pareja tuvo relativa felicidad, pues el carácter enérgico de ella, los tabús en relación a la vida sexual de la mujer y su desmedido complejo de inferioridad por ser indígena, además del desprecio de la familia de mi padre por sus raíces, las desahogaba con llantos histéricos y largas discusiones nocturnas con mi padre, quien de carácter débil nunca puso freno a los desprecios de su familia hacia nosotros.

Cuando madre empezaba a quejarse y a llorar, él guardaba silencio y optaba por retirarse; por otro lado, fue un hombre mujeriego que por algún tiempo estuvo sosegado por el amor que había entre ellos; tal vez los pocos momentos de amorosa intimidad, fueron pretexto para que volviera a su vida de soltería y empezó a buscar la compañía de otras mujeres. Estaba cada vez menos tiempo en casa, ya de por sí lo veíamos muy poco pues siempre estaba trabajando.

En este ambiente tenso llegué a los diez años y se me quedó tan grabada la frase de madre que todas las tardes pronunciaba cuando se sentaba en nuestro hermosísimo jardín cultivado por sus manos con la ayuda de don “Lolo”, el mil usos de la casa y de los negocios de mi padre. Por las tardes acostumbraba bañarse con sus ricas esencias florales, usos y costumbres de sus ancestros, mismas que continuó practicando. Después del baño se iba al jardín, allí la esperaban la mecedora que sólo ella usaba, su taza de café colado y un cigarro “Rialtos”. Mientras degustaba su café, jugaba con el humo del cigarro mirando cómo los pájaros empezaban a llegar a sus nidos y suspiraba diciendo: “Cómo quisiera ser pájaro y volar...volar...volar hasta perderme en el cielo”.

Sentada junto a ella admirando su rostro hermoso de mirada triste y ausente, mi alma se estrujaba. Me dolía mucho aquella frase que día a día pronunciaba pero nunca le pregunté nada.

Siendo yo adolescente me atreví a preguntarle por qué no amaba a mi padre. Con una mirada fulminante, recorrió mi pequeña osamenta contestando sin dejar de mirarme: “Niña preguntona, hechos son amores, ya lo entenderás cuando vivas lo que yo” y se alejó de mi con sus pasos finos contoneando su cuerpo de diosa indígena.

Pasaron los años, contraí matrimonio y muy pero muy pronto entendí las dos frases de madre. Casada a los 18 años, por supuesto que tenía que estudiar y atender mis responsabilidades como esposa y después como madre.

Cuando tenía 27 años me fui a estudiar a Durango, allí conocí a mi querida amiga, mi paño de lágrimas, María Auxilio, hermosa mujer en toda la extensión de la palabra; pertenecía a la Orden Religiosa “Las Oblatas del Señor.” En la Normal Superior todos la queríamos muchísimo, le decíamos “Madre Chilo”. Una monjita fuera de serie, yo le decía que era el prototipo de la monja rebelde, representante de la liberación del celibato...ella me regañaba diciéndome que no la respetaba. Cariñosos regaños de mi entrañable amiga.

Sin yo platicarle mis frustraciones de mujer y ultrajes recibidos pese a estar “bien casada”, ella las adivinó y finalmente fue mi confidente y consejera. Cuando mis penas rebasaban las fuerzas de mi pequeño cuerpo y de mi quebrantado

espíritu, me decía dulcemente, abrazándome: “Guadalupe, Dios da la cobija del tamaño del frío”. Su frase me hacía reír y recobraba mi habitual sonrisa.

Llegó el momento que ya no fue posible reconfortarme con la frase de María Auxilio. Una mañana lluviosa de agosto estábamos en clase de lingüística y, sin poder evitarlo, me corrían lágrimas copiosas por las mejillas, así que preferí salir del aula. María Auxilio se fue tras de mí. Me abracé a ella llorando. Cuando me calmé le dije: “Dile a tu dios que esta cobija está muy raída, que no me mande tanto frío” para luego quitarme la bufanda que cubría las señales del intento de ahorcamiento que me infligió aquél hombre poseído por el delirio del alcohol.

Mi amiga lloró conmigo y me dijo gravemente, “Guadalupe, Dios te dio libre albedrío, tú eres responsable de cuidar de ti.”

Pasaron los años, muchos creo, y soñé con ser pájaro para volar y volar hasta perderme en el cielo, y viví en carne propia aquello de que hechos son amores y cubrí el frío del alma con la cobija de Dios.

Madre murió, a mi amiga dejé de verla, mucho la he buscado pero no he sabido nada de su paradero. Viven en mi recuerdo por siempre.

Agregué a mi catálogo de plegarias angélicas y decretos metafísicos los dichos de estas amadas mujeres y, finalmente, me hice responsable de mí felicidad.

CALDO DE POLLO CON ARROZ

Creí haber superado la partida tan triste, inesperada y aciaga de este hombre a quien admiré, respeté y amé profundamente.

Con él aprendí que la vida es un ti vivo en el que tienes que viajar mirando de frente y con metas muy, pero muy definidas; me motivó a expresarme a través de la palabra escrita siempre alentándome a derribar obstáculos y a enfrentarme a las eventualidades cotidianas con serenidad y fe en el futuro.

Él me enseñó a sonreír siempre, aun ante momentos adversos y a tomar de cada uno de ellos lecciones que templaran mi espíritu. Su sonrisa aliviaba mis tristezas y con sus bromas me olvidaba de todo.

El entusiasmo que emanaba de su personalidad carismática y su extraordinario “don de gentes” hacía que todos le amaran. Si alguna vez estuvo triste, enojado, deprimido o cansado, nadie lo notó.

Siempre me dijo *Chamaca*, fui su chamaca hasta el día de su trágica partida.

Con él aprendí a trabajar con entusiasmo bendiciendo el trabajo y haciendo de éste un maravilloso almanaque de días exitosos; me enseñó el secreto para convivir con la gente de todos los estratos sociales y a ser amable, comedida, a ganarme el respeto y el cariño de las personas que eran parte de nuestro entorno.

Era tan fuerte la conexión afectiva entre nosotros, que la mañana en la que él dejaba este espacio terrenal yo soñaba que del techo de mi casa pendía una cuerda como las que usaban en la Edad Media para ejecutar a los reos que eran condenados a tan cruel destino.

En aquella época yo trabajaba como profesora de secundaria en San Bernardo, Álamos, límites entre Sonora y Chihuahua. Ocho días antes nos despedimos después de haber convivido, en casa de madre, los días de Semana Santa. Tengo vívida la escena cuando nos despedimos. Él caminaba atravesando el hermoso jardín de la casa, yo me quedé sentada bajo una jacaranda, acompañando a madre, degustando nuestro habitual café negro.

Al llegar al portal, ya para salir, se detuvo, volteó a mirarnos y levantando su mano, con su hermosa sonrisa me gritó: Chamaca, cuídate mucho y regresa pronto.

Yo dejé la taza de café sobre la mesita, levanté la mano derecha en señal de despedida y le mandé un beso.

Aquella mañana de viernes abril 19, llegó a casa mi hermano Luis Alberto, al verle sentí un vuelco en el estómago, pues presentí que algo no andaba bien. Me abrazó llorando y me dijo: Vengo por ti.

No quería preguntar nada, el miedo me paralizaba, pensé y tal vez lo dije en voz alta: ¿Qué le pasó a mamá? Ella está bien, dijo en un susurro, pero tienes que venir conmigo. No quise preguntar más. No quería saber nada más, aunque mi corazón acelerado me decía que él ya no estaba con nosotros.

La señora que se encargaba del aseo de casa y del cuidado de mis dos hijos, preparó maleta, no supe qué acomodó.

Llegamos a casa. Durante el largo trayecto de 3 horas nadie en el auto pronunció palabra, creo que no queríamos hablar. Mi hermano evitaba explicar y yo me negaba a escuchar lo que sabía me diría.

Cuando llegué a la casa donde él vivía con sus hermanos, sentía las miradas como puñales sobre mí, en especial de sus familiares. Llegué hasta el ataúd cubierto de flores y del que emanaba un espantoso olor a velas y a muerte.

Lo miré largo rato. Nadie osó interrumpirme, no sé cuánto tiempo estuve allí parada. Recuerdo que le dije: Tengo mucho coraje contigo, con la vida, conmigo ¿Por qué lo hiciste? ¿Quién demonios te creías para terminar así? Anda, dime algo, no te quedes allí, callado. ¡Mírame, aquí estoy, sola! ¡Sin ti qué voy a hacer ahora! A pesar de los años transcurridos, recuerdo cada palabra que brotaba de mis labios llena de rabia e impotencia.

Me aturdían aquellos rezos incoherentes de mujeres acostumbradas a impensados padrenuestros, llorosos y fingidos. Pensaba en la furia que me corroía el alma: “Porqué nos les llenan las bocas con galletas y café para que se callen”

¡Qué larga noche! Por la mañana mis hermanas me llevaron a casa de madre, que estaba a la vuelta de donde él reposaba en ese féretro que se me antojaba horrible, corriente y de muy mal gusto.

Ellas ya se habían arreglado, me ayudaron a ponerme un vestido negro, de aquellos estilo “princesa” que tanto me gustaban, me peinaron y arreglaron el

rostro que el desvelo había desencajado. Pero ni una sola lágrima había corrido por las pálidas mejillas. Madre nos inculcó desde pequeñas que el glamur y el buen porte jamás se deben perder y en esa ocasión era cuando mejor debía de verme ante los ojos maliciosos de quienes estaban pendientes de cada movimiento nuestro.

El cortejo fue lento, muy lento, yo caminaba rodeada de mis tres hermanas y de mi hermano, Luis Alberto. Alguien, no recuerdo quién, me tomó de la mano y me colocó al pie de la carroza, junto con mis hermanos.

La misa fue horrible, dejándome en el alma grabada la cruz del rencor, por muchos años. Desde ese día decidí olvidarme de que alguna vez fui bautizada en el catolicismo. El sacerdote, al final de la lectura del evangelio, con evidente animadversión, dijo: Oremos por este hombre que murió en pecado mortal, su alma necesita mucha oración para que pueda entrar al reino de los cielos.

Sentía náuseas, creo que quise gritar pero mi hermano Luis que me abrazaba me puso la mano en boca.

Fue largo el trayecto al panteón y, cuando llegamos, hubo que esperar a que arribaran todos los amigos y tal vez aquellos que, sólo por curiosidad lo acompañaron; pero desde luego fueron más los amigos pues fue un hombre muy amado y respetado por la gente de nuestro pueblo.

Alguien preguntó por qué madre no estaba presente. Sólo cuchicheos e incómodos silencios.

Lo cierto es que aún en esos momento tan dolorosos, sus malvados hermanos Efrén y Eulalia, a quienes mis hermanos y yo les decíamos “Vieja Lala” y “Viejo Efrén”, no permitieron la presencia de madre en el funeral.

Ella, muy propia, como siempre, y orlada su bella persona de dignidad, nos dijo: Vayan ustedes, no dejen solo a su papá, yo me quedaré a prepararles un caldo de pollo con arroz para cuando regresen”. Las tías Flora y Carolina, sus hermanas, se quedaron acompañándola.

Mientras caía la tierra sobre el féretro, yo pensaba en el caldo de pollo con arroz, quería llorar, gritar, maldecir o reírme de la hábil salida de madre para justificar su ausencia en el sepelio, pero allí permanecí, callada, firme, serena,

agradeciendo las muestras de solidaridad, mientras sentía sobre nosotros, las fulminantes miradas de aquellos hermanos de mi padre, pobres de espíritu, que hicieron de nuestra vida familiar un rosario de aflicciones.

Regresamos a casa. El olor del caldo de pollo con arroz llegaba hasta la sala. Madre y las tías estaban en el jardín, nos sentamos rodeando a madre. Me hubiera gustado encontrarla llorando para abrazarla y consolarla, para decirle que la queríamos mucho, pero ella nos recibió diciéndonos: Vamos a comer, les va a gustar el caldito que les preparé_.

Todos sabíamos que era una manera de escapar a la realidad ante lo que estaba sufriendo.

Nunca hemos aceptado la muerte de nuestro padre como un suicidio y mucho menos en esa forma tan dramática. Todas las mañanas acostumbraba a ir a casa para desayunar con madre. Ella sólo desayunaba café y una tostada y a él le preparaba su tazón de avena y sus dos huevos pasados por agua. Por años fue su ritual mañanero.

Aquella mañana, no había pasado una hora de haberse despedido de ella cuando lo encontró su sobrino en la bodega de la tienda, colgado de una viga. La escalera por donde supuestamente subió no tenía huellas de zapatos, pero sí tenía huellas de cuatro de los dedos de sus manos.

Un hombre como él, todo amor y bondad, sumamente religioso, ¿Quebrantaría las Leyes Divinas atentando de esta manera contra su vida?

En torno a su muerte hubo mucho escándalo, muchas hipótesis, humillaciones para madre, despojos, por parte de sus hermanos de los bienes que nos pertenecían con el alegato de que no éramos hijos legítimos. Con dinero la historia quedó en el olvido.

El expediente se cerró: Suicidio por asfixia al colgarse con una cuerda (que en sueños me fue revelada). Así se asentó en el acta de defunción del hombre que fuera mi mejor maestro en la vida.

Del caldo de pollo con arroz no recuerdo el sabor, sólo recuerdo a una mujer estoica, valiente, enérgica, siempre bella y elegante que sobrevivió a este trágico episodio de nuestras vidas y con su esfuerzo e inteligencia supo administrar sus

bienes, heredados de su madre, hasta que mis hermanas terminaron sus estudios universitarios.

“Caldo de pollo con arroz” trae a mi memoria reminiscencias del olor a velas, a muerte por ¿suicidio? La degustación amarga de las humillaciones y la fonética llorera de padrenuestros impensados.

EGO EN MI ESPEJO

Fui una niña hermosa, solitaria y soñadora. Cuando escuchaba que alguna persona comentaba: “Qué niña tan bonita”, me embargaba un sentimiento de extraña fascinación por mirarme al espejo del ropero de Madre. Me subía a una silla para contemplarme de cuerpo entero y extendía mi vestido con ambas manos, mientras contoneaba mi pequeño cuerpo mirándome, tal vez, por largo tiempo o sólo era un instante, no lo recuerdo.

Lo que sí recuerdo es que aquel espejo de luna ovalada incrustado en el ropero de madera caoba, fue mi fuente de inspiración infantil imaginando que detrás de la luna había otras niñas y un niño con los que podía platicar y jugar; los soñaba algunas noches correteando alrededor de mi cama acompañados por duendes verdes.

Cuando Mercedes, empleada en el negocio de mi padre, me leyó el cuento de Blanca Nieves, empecé a tener miedo de mirarme al espejo y me fui alejando de él.

Quién podía imaginar que ese mismo espejo me devolvería, veinte años después, la imagen de un rostro destrozado, con el párpado derecho fraccionado en tres; en la hemicara derecha partiendo de la frente al nacimiento de la oreja, una espantosa cortada y debajo de ésta otras tres lesiones.

Llegué a la casa paterna después de varios días de hospitalización y corrí a la recámara de Madre para mirarme al espejo. Me pegué al cristal ovalado y lloré sin consuelo hasta caer al suelo desfallecida por el dolor físico y el dolor del alma, mis padres lloraron conmigo.

Cuando escuché el llanto desconsolado de mi padre y su exclamación: “¡Por qué a mi hija le pasó esta desgracia!”, reaccioné, me levanté del piso y lo abracé diciéndole que estaba segura que algún día volvería a tener mi rostro de piel lozana como antes.

A través de las lágrimas vi a Madre que arrullaba entre sus brazos a mi pequeño hijo de dos meses. Fui hasta ellos y los abracé. Mi hijo mayor, de 4 años, nos miraba con el azoro dibujado en su carita.

Recargado en el marco de la puerta de la recámara, observaba la escena el padre de mis hijos. Su mirada era de conmiseración y, tal vez, le preocupaba la incertidumbre ante mi futuro y el tener una esposa deforme del rostro. Fueron horas, días y meses difíciles para mi familia.

Sacando fuerzas de mi angustia me esforcé por sonreír y mostrarme animosa y optimista frente a mi familia y atender a mis hijitos a pesar de lo maltrecho que mi cuerpo quedó con ese terrible accidente automovilístico, y daba gracias a Dios de que mis hijos, y el que en ese tiempo era mi esposo, hubieran salido ilesos.

Estuve algunos meses enclaustrada en la recámara de mis padres. El espejo ovalado, del ropero de mi infancia, volvió a tomar su lugar en mis afectos y confidencias. Platicaba con él, le decía que volvería a tener el mismo rostro hermoso de antes, lloraba pegada a la luna ya envejecida y me decía: “Estoy bien, estoy bien, sólo tengo veinticinco años, volveré a ser bonita”...

Acariciaba mi rostro convertido en una cordillera rocosa y las lágrimas mojaban sin piedad mi ropa. Cansada de llorar me quedaba dormida abrazando a mi niño que fue creciendo en medio de mi angustia y mi aparente resignación ante la familia hasta llegar a los ocho meses. Mi hijo mayor me tenía miedo, se paraba en la puerta de la recámara y cuando le decía que me diera un beso salía corriendo.

Por fin llegó el día de acudir a la cita con el cirujano plástico. Mi padre no escatimó dinero ni tiempo para que se me atendiera hasta que, las expertas manos del médico, le dieran a mi rostro el talante de mujer bonita que había sido.

Mi vanidad fue vulnerada cuando, finalmente, después de largos días envuelta en gasas, mi cara quedó al descubierto, aún hinchada y enrojecida. Poco a poco volví relativamente a tener un rostro bonito, pero ya nada fue igual. Con el tiempo me he ido adaptando a mi situación. Aún quedan leves marcas de aquella experiencia.

Mucho me han ayudado mis ojos grandes, aceitunados y expresivos y la sonrisa que ilumina mi semblante y que, con la ayuda de los espejos que han alimentado mi ego, adiestré a ser indeleble repitiéndome cada que me miro: “Me

amo, me amo, soy bella, soy eternamente joven y bella". Esto lo aprendí gracias al libro "Tú puedes sanar tu vida" de Louise L. Hay.

He dedicado la mitad de mi vida terrenal a leer cuanto libro de metafísica, autoestima y angelología llega a mis manos. Esta forma de pensar ha sido determinante para ser la mujer que ahora soy y aceptarme así como me escudriñé esta mañana frente al espejo: Melena pelirroja por obra y gracia de *Revlon Color Silk* enmarca un rostro bello a pesar de las leves cicatrices del accidente, ya empiezan a formarse arrugas en el contorno de los ojos, en las comisuras de los labios y en la zona pectoral; los senos todavía están firmes, el vientre levemente abultado y en las manos se deja ver mi arribo a la "tercera edad".

La silueta de mi cuerpo es testimonio de una figura esbelta, de cintura a *la María Victoria* en otrora época a pesar de mis cinco kilitos de sobre peso que me angustian y me esfuerzo por eliminar; tengo bonitos muslos y piernas. Me gusta lo que el espejo refleja.

Pero más me agrada saberme y sentirme mujer plena, animosa y emprendedora y con mucho amor por mí y por mi amado esposo que cada mañana me dice que amanecí bella y que le gusto mucho y le gustaré aún cuando la piel se arrugue y el caminar sea torpe por el peso de los años.

Me confieso vanidosa y orgullosa de la imagen que el espejo de hoy me regala a los 62 años, pero estoy consciente que debo prepararme para admitir la metamorfosis que a través del tiempo siga emergiendo en este estuche de piel, huesos y agua que guarda el bendito soplo de mi existencia.

“QUÉ BONITO ES GOZAR DEL AMOR CON TU VIEJO”

Doña Maura me causaba mucha ternura. Mujer rolliza, muy rolliza, de tez morena y pelo cano recogido en dos trenzas que coronaban su cabeza. Por muchos años fue trabajadora doméstica en casa de mis padres. Se encargaba de lavar, remendar y planchar nuestra ropa así como de hacer las sabrosas tortillas de maíz y tostar y moler café.

Un día de tantos conversaba con otra de las mujeres encargadas de la limpieza de la casa. Esta mujer se ufanaba en decir que a ella su marido nunca de los nunca la había visto sin refajo.

Doña Maura, sin dejar de planchar, río socarrona al tiempo que contestaba: palabras más, palabras menos: “Ay, Manuela, tú sí que no sabes lo bonito que es gozar el amor con tu viejo”

A los diez años me quebraba la cabeza intentando entender la conversación e imaginando ¿qué era para doña Maura gozar del amor con su viejo? Que la verdad sí que estaba muy viejo y flaquito y ella demasiado gordita. Ellos no tuvieron hijos, sin embargo, sus rostros viejos tenían sonrisa y mirada joven.

El recuerdo de este matrimonio regresó a mi presente mientras pensaba cómo explorar, primero, y después escribir sobre las cavernas de mi montaña.

Yo sí tuve hijos, pero mi sonrisa y la mirada fueron viejas, en un rostro joven, por muchísimos años.

Entre los 21 y 25 años parí a Ignacio y Andrés, mis amados hijos. No sé qué tan buena madre he sido; creo que soy más su amiga; no pertenezco al grupo de madres sufridas que por sus hijos deciden “sacrificarse” aparentando ante la sociedad una vida familiar “perfecta” donde la abnegada esposa sonríe benevolente y resignada a la suerte que le tocó vivir.

Mucho de mi comportamiento se lo debo a mi amiga María Auxilio quien enérgicamente sacudió las fibras de mi naturaleza femenina aquel día en que me recordó que yo era responsable de mi felicidad; y también a una frase que he escuchado infinidad de veces por muchas mujeres, inclusive mi madre, quienes

aparentemente resignadas pero hartas de su situación marital refriegan en la cara de sus hijos la frasecita: “Por ustedes soporto esta vida al lado de su padre...”.

En mi caso decidí liberarme, ser independiente como mujer y ser madre-amiga, o simplemente amiga de mis hijos y no convertirme en víctima y sacrificar mi crecimiento profesional y personal con el pretexto fútil de que debía ser madre protectora de 365 días. Estoy convencida que acerté en la educación de mis hijos pues creo firmemente que, si quiero dar felicidad a los que amo, primero tengo que amarme muchísimo para crear en torno a mi familia un ambiente de armonía, de amor y de mucha comunicación y confianza.

Como madre me siento complacida y llena de gratitud a Dios y a mis hijos por ser hombres exitosos, responsables, buenos padres y esposos y por el amor que nos une; reconozco, a pesar de todo lo vivido, que debo agradecer al padre de ellos pues tuve la hermosa experiencia de la maternidad.

El hecho de procrear hijos y ser esposa desde luego que no significa ni por asomo que una mujer es plena en la complacencia de su sexualidad; misma, que no circunscribe al mero acto y placer sexual.

En la sexualidad femenina, cuando menos en el disfrute de mi sexualidad, para que sea plena intervienen factores emocionales, anímicos, de respeto por mi cuerpo para disfrutar placer y no sólo otorgarlo sino compartirlo plenamente con la pareja.

Como mujer no me basta con ser deseada ni requerida sexualmente por mi hombre, sino saberme protegida, amada, acariciada con dulzura, con pasión, sentir el roce de la piel y el olor del amor.

Al paso de los años las experiencias vividas como mujer en una amalgama de amores y desamores, sueños, desencantos, errores y aciertos en la elección de pareja, han sido extraordinarias vivencias pues me permitieron llegar con madurez y sin tabúes al encuentro del verdadero amor físico y espiritual. Amor en plenitud en la mejor etapa de mi existencia.

A los 62 años, acompañada amorosamente por un hombre maravilloso de 69, puedo expresar que he descubierto que el sexo, en su más profundo sentido

humano, es comunicación, es la expresión del amor a través del cuerpo, donde nada tiene que ver la belleza física, ni la edad, ni la condición social.

Lo único trascendente es la identificación física, emocional y espiritual de quienes unen cuerpos y espíritus para disfrutar de los goces de su sexualidad.

Doña Maura tenía muchísima razón: “Qué bonito es gozar del amor con tu viejo”.

Mi esposo y yo pertenecemos al clan de la tercera edad con sonrisa y mirada joven, porque vivimos día a día con la fe de conservar y mantener vivo este espíritu de amor y erotismo que nos identifica.

¿ES MI ÚLTIMO SUEÑO? NO LO CREO.

Por diez años recorrí las calles de aquel pueblo de la Sierra de Sonora. Atravesaba de lunes a viernes el arroyo para ir a trabajar a mi escuela secundaria; lavé muchas veces ropa en compañía de otras mujeres en las aguas cristalinas del arroyo en aquellas tardes de hijos bañándose y aturdiendo con su gritería mientras las madres “con un ojo al gato y otro al garabato” lavábamos, cuidábamos de ellos y nos platicábamos nuestras cuitas interrumpidas por las mujeres mayores que nos daban consejos ufanándose de su sabiduría de esposas sufridas y aguantadoras en sus años mozos.

Siempre recuerdo una frase que escuché muchas veces de diferentes bocas: “Tengan paciencia, muchachas, cuando son viejos y no sirven para nada, los tenemos todo el tiempo en casa”. Me caía mal, muy mal ese comentario pero optaba por guardar silencio; tal vez por respeto a las mujeres o porque no me interesaba discutir sobre el asunto.

Durante esos hermosos años de vida con olor a verde, rumor de agua buena fregoteando piedras y troncos de añejos árboles del arroyo y del río, de sol jugando en primavera-verano con los setos de girasoles y chiltepines del camino para irse escondiendo en la cima de las montañas que nos rodeaban, dejando tiras doradas entre las amapas cuajadas de racimos de flores rosas, blancas y amarillas que fondeaban la serranía colindante con Chihuahua, yo soñaba con la felicidad. No tenía ni la menor idea de cómo demoler el muro que simbolizaban las cordilleras que nos rodeaban, para llegar a lo que suponía sería mi felicidad.

En ese pueblo de ensueño con cielo tan azul que elevaba el espíritu tanto, tanto que las cotidianas tristezas se esfumaban en aquellas tardes en las que solía correr en el campo de aterrizaje de las avionetas (para mantenerme en forma), mirando la montaña sobre la que se asentaba el caserío, hilaba palabras mentalmente que por las noches plasmaba en el papel y así nacieron mis primeros ensayos de poemas y narraciones de sucesos cotidianos.

Conjugando mis labores de profesora, mis ocupaciones domésticas y la atención a mis hijos establecí un mundo paralelo en donde sólo yo tenía cabida: En

mi mundo de libros, tintas, cuadernos, pinceles, crayolas y gises de colores, mi espíritu encontró el camino de la luz.

Fue una metamorfosis emocional y espiritual asombrosa, maravillosa. Leer, escribir y dibujar fueron mi catarsis y mi camino a la felicidad que erróneamente buscaba en el afán del desquite por sentirme víctima. La felicidad estaba conmigo, estaba dentro de mí. ¡La felicidad era yo misma, y no lo sabía!

Lo oscuro se volvió claridad, el odio se reconcilió con el perdón, el miedo se transformó en valor y en fe para enfrentar mi realidad y trascender de lo ordinario al valor de autoevaluarme y aceptar el lado oscuro que todos tenemos y que día a día disimulamos tras la máscara que cada mañana sacamos del clóset para presentarnos ante los demás como queremos que nos vean.

Creo que el espíritu de la Princesa Ameyahle (aún sin conocerla), me susurró al oído dándome el secreto de la escritura y ya nada me detuvo, me erguí con toda la fuerza de mi Ser femenino y empecé a transitar por avenidas escriturales impensadas y, aunado a la escritura, se hizo presente en mí el deseo imperioso de adentrarme en las cavernas de las montañas de Ameyahle para descubrir también la magia de la pintura.

El espejo de mi recámara, iluminada por la tenue luz de la lámpara de buró y la mirada amorosa de mi esposo, me devuelve la imagen de una mujer exitosa, sonriente, segura de mi misma, dispuesta a convertir en realidad un sueño tardío, más no imposible: Escribir y publicar mis libros de poesía y mis memorias ilustrados con mis dibujos.

¿Es mi último sueño? No lo creo. Una vez realizado sé que surgirán nuevos sueños. Sueños plasmados con tinta negra en los paisajes de los pueblos del Río Sonora que también sueño en recorrer de la mano de mi esposo y regresar a las tierras de mi origen.

Y, tal vez, ¿por qué no?, que algún día mis hijos y mis nietos nos acompañen a caminar por las tierras yoremes de la bisabuela Albina, porque lo que más deseo es que mis descendientes aprecien y respeten nuestras raíces indígenas ancladas en el Valle del Mayo.